

Es un tópico en los estudios sobre la escritura autobiográfica peninsular el destacar cierta reticencia por parte de los españoles hacia la exploración de su propia intimidad en los textos. ¿A qué crees que se debe? ¿Te ves reflejada en esta tendencia?

Bueno, compleja la pregunta... Pero yo te puedo decir cómo lo hice **yo**. Porque yo creo que *La intimidad* es una de las primeras novelas en que esta exploración se da a un nivel profundo, ya que a partir de esa novela se habla de la era de la intimidad etc. Pero **yo lo hice** porque cada libro que escribo, cada novela, es algo necesario para mí, entonces quería hacer esto e hice esto pero no me propuse hacer algo que no se hace aquí. Yo he sido siempre muy independiente con todo lo que he hecho: cuando nadie escribía metaliteratura – nadie – en España, yo lo hacía, y no había ni una reseña. Y luego de repente, el *boom*. Y lo mismo con la exploración de la intimidad. Pues, cuando yo publiqué *La intimidad*, fue algo muy insólito en su momento. **Pero**, repito, yo siempre he sido muy independiente con lo que he hecho, con lo que quería hacer; mis influencias han sido también muy personales: digamos que me he situado más en el mundo que en mi pequeño rincón. Por ejemplo, yo soy feminista, pero cuando tocaba escribir sobre mujeres, si **yo** no lo sentía, pues escribía sobre Kafka. Esto es algo que aprendí muy pronto, por suerte, a no estar sometida por las modas. Y a hacer los libros que eran necesarios para mí. Pues yo sigo creyendo que en el panorama de la narrativa española ha hecho mucho daño – aunque también eran libros necesarios – lo que se entiende literatura para mujeres, eso por un lado, luego también ha hecho daño el realismo, y luego hay algo que para mí es esencial, para mí siempre ha sido muy importante ya desde pequeña, la inteligencia, digamos, el utilizar la inteligencia. Bueno, no soy filósofa, es decir, soy filósofa de carrera pero digamos que hubiera sido otra de mis alternativas no hacer filosofía. De todas formas, me gusta el pensar, creo que todas mis novelas son muy pensadas, aunque tenga un papel fundamental la creatividad, obviamente, pero siempre son más pensadas de lo que parece... Y creo que para escribir sobre el yo se necesita ser uno mismo y sobre todo pensarse, y creo que aquí en España tal vez ha fallado esta parte. Y luego el machismo y la misoginia – incluso en la crítica – que son terribles aquí en España.

¿Qué textos autobiográficos mencionarías si tuvieras que elaborar un canon literario propio?

Para mí Emily Dickinson, Kafka, no sólo en sus diarios, bueno no puede faltar Virginia Woolf, que es otra mujer pensadora (y por eso creo que ha fallado aquí) y también es un modelo importante. Quién más... Es que soy terrible para las listas. También diría Onetti y Rulfo y también mucha poesía, aunque no lo parezca.

¿Qué textos – no sólo autobiográficos – de escritoras serían imprescindibles?

Como españolas, María Zambrano y Teresa de Jesús, desde luego.

¿Escribir sigue siendo “cosa de hombres” hoy en día? ¿Se puede afirmar que una de las reivindicaciones que a la mujer escritora le quedan por llevar a cabo sea precisamente la de su paridad a nivel de reconocimiento intelectual y creativo?

Desgraciadamente sí, sigue siendo cosa de hombres. Estoy convencidísima. Y ésta es otra razón por la cual yo siempre vivo un poco apartada de todo. Porque, digamos, a mí los críticos nunca me han colocado, me ha costado muchos años obtener cierto prestigio, porque yo no escribía como se entendía que debían escribir las mujeres, ¿no? Y al mismo tiempo, aunque puedo decir que tengo grandes amigos escritores y que el reconocimiento que tengo ha sido gracias a que escritores hayan escrito sobre mí, es decir escritores importantes, hay un sector de la crítica muy misógino. Cuando se habla de la literatura española siempre se citan los mismos nombres, que son todos masculinos, y las mujeres somos siempre segunda categoría. Entonces sí que es una reivindicación, es una gran reivindicación, que encontrarás en todas mis novelas.

¿Qué es lo que hace que en un texto novelesco acabe dominando lo referencial o lo ficticio? ¿Es un proceso totalmente consciente?

Es que yo necesito ficcionalizar la realidad. Creo que son las dos cosas, es decir es un proceso consciente e inconsciente a la vez. Yo de naturaleza, hasta mis hijas me lo dicen, no es que invente las cosas, pero siempre desde que era pequeña, me ha costado aceptar la realidad, entonces ya desde entonces tenía esa tendencia a no saber, cuando estaba contando algo, si había ocurrido de verdad o si me lo estaba inventando, llegaba un momento en que no sabía ya qué era real y qué era ficticio. Y supongo que eso se refleja en mi literatura. Pero yo estoy totalmente en contra de distinguir forzosamente entre autobiografía y novela. Por ejemplo si tú te lees la biografía de Tolstoj, te das cuenta de que todos sus personajes son autobiográficos. Aunque se trate de personajes novelescos. Que es exactamente lo que hago yo: yo creo un personaje a base de varios que he conocido, pero dentro de una novela, dentro de un texto narrativo, ficcional. Todas las novelas, al fin y al cabo, son autobiográficas y en mi caso, pues, mi pensamiento siempre está presente cuando escribo, hay algo de mi formación que me hace llevar a cabo un juego que pone en entredicho precisamente las supuestas fronteras entre los géneros literarios. Yo creo que los escritores que me interesan, cuando leo, son escritores que son animales literarios, tipo Rimbaud – y creo que habrá tres más – que tienen un bagaje cultural e intelectual importante, y a lo mejor por ser mujer todavía me exijo más en este sentido, tampoco lo parece, pero creo que ahí de alguna manera todavía juega cierto complejo debido al género sexual. Y de ahí quizá proceda esa tendencia a no distinguir ficticio y autobiográfico en un texto. También supongo que se debe a la voluntad de hacer algo que no se haya hecho todavía. A la voluntad de escribir libros que no estén escritos todavía, por eso creo que cada libro mío es tan distinto.

Muchas de estas cuestiones las has abordado en varios de tus libros. En particular en La intimidad me parece que intervienes de una forma bastante directa en el debate sobre la escritura del yo para negar, por ejemplo, el concepto de veracidad del discurso autobiográfico y afirmar la multiplicidad de la identidad. ¿Puedes matizar un poco tu posición al respecto?

Lo niego porque a mí, como lectora, me interesa poco. En las cartas creo que se puede inventar más porque una habla más directamente. Pero a mí las autobiografías detrás de las que no hay pensamiento, detrás de las que no hay nada de magia, no me interesan. Mira, hay una biografía, la de Henri Troyat sobre Tolstoj, que es una novela. Es todo real, pero parece una novela. Y esto es lo que a mí me gusta. Es una biografía, pero tiene un sabor novelesco. El próximo libro en todo caso va a contestar a muchas de estas preguntas, ya verás.

Sin embargo, en La intimidad como en muchos textos tuyos, el problema del yo es preponderante, aunque no adoptes la forma tradicional de la autobiografía y te inclines por la mezcla de géneros distintos. ¿Eso sólo se debe a tu personal cruzada en favor del hibridismo y el mestizaje o puede que responda también al hecho de que la autoficción es un formato menos comprometedor, que permite un desvelamiento sólo parcial de tu intimidad?

Es que no me gusta la palabra autobiografía. Y es que todo es autobiográfico, ya sé que también es una frase hecha, pero es que no me gusta esa palabra, quizá escritura del yo suena mejor. Y luego, el escritor o la escritora es un seductor y un fingidor, y engaña al lector en el buen sentido de la palabra, o sea tiene que jugar con el lector, si no juega con el lector, sus libros se quedarían planos, no tendrían relieve. De todas formas, no creo que haya ocultación alguna en *La intimidad*, al contrario, porque yo soy muy descarada, de hecho toda mi familia se ha enfadado conmigo después de la publicación del libro. Y luego, en cuanto a la cruzada en contra de los géneros, no se trata de esnobismo, es que a mí me gusta investigar, en todas mis novelas hay investigación. Y además yo, cuando escribo una novela, cualquier novela, tengo una biblioteca entera al lado, que supone un

enorme trabajo de documentación, que es un síntoma, además, de que para mí el libro en cuestión funciona.

Fuera de las evidentes conexiones con tu trayectoria biográfica, el hecho de que la protagonista de La intimidad reniegue de la lengua del padre y elija como modelos a unas mujeres que son las hermanas literarias, y no las madres, por ejemplo, ¿a qué se debe? Quiero decir que me parece que ahí el discurso se universaliza de una forma muy relevante y que sí hay una reivindicación bastante clara desde una perspectiva feminista. ¿Qué opinas al respecto?

Absolutamente, yo seré feminista hasta la muerte. A ver, desde el punto de vista biográfico, yo he sido y seré siempre antifascista, feminista etc., así como aquellos escritores que lucharon durante mucho tiempo para conseguir un país y un mundo diferentes. Si a mí me hubieran dicho hace treinta años que acabaríamos a sí, como hoy, me hubiera muerto. Más que nada desde el punto de vista de la libertad y de los derechos de la mujer. Entonces en mis libros todo eso sale por fuerza, porque además yo creo profundamente en el compromiso del escritor, pues, cuando escribes, de alguna manera tienes que reivindicar cosas, porque si no tienes un compromiso con el mundo escribiendo, ¿para qué escribes?

En el libro está muy presente el tema del desdoblamiento del yo y de la fragmentación del sujeto. Ángel Loureiro, en este sentido, ha afirmado que son los “seres que ocupan posiciones de marginalidad con respecto al sistema (mujeres, negros, homosexuales), [...] los que mostrarían más conciencia de las divisiones internas del yo”. ¿Qué opinas al respecto?

La escritura del yo tiene que ver con la marginación, sí. De entrada, yo creo que cualquier escritor ya es un ser marginado, porque el hecho de ponerse a escribir, sobre todo en el mundo actual, y sobre todo en el caso del tipo de escritor que yo admiro, porque, claro, el escritor que se dedica – y lo digo con todo el respeto – a escribir libros para ganar dinero y producir bestsellers, pues, es otra cosa, supone un acto de automarginación. El escritor que escribe con conciencia de uno mismo ha de tener conciencia del yo, o sea tiene que dar su propia voz a la vida. Y si no das tu voz no eres nadie como escritor, desde mi punto de vista. Entonces, ya con el hecho de ser escritor, eres marginado, ésta es mi opinión, o al menos lo son los escritores que a mí me interesan. Lo son todos los escritores de los dos últimos siglos, que fueron todos apátridas.

Te propongo una declaración de Claudio Magris sacada de una entrevista que le hiciste hace unos años: “para mí escribir ensayo consiste en mostrar la herida. Por el contrario la novela contiene la virtud y la necesidad de sanarla”. Tú también te has movido, a lo largo de toda tu trayectoria literaria, entre estos dos géneros literarios. ¿Qué opinas acerca de esta afirmación, sobre todo por lo que se refiere a la representación del yo que se lleva a cabo de formas distintas según el género literario que preside una obra dada?

Estoy totalmente de acuerdo con Magris. Aunque diría más bien que la poesía muestra la herida y que la novela la sana. Porque la novela – por eso me divierto tanto a escribir novela – tiene una capacidad enorme para hacerte jugar. La novela es como una aventura, como un amante que tuvieras y con el que sabes que tarde o temprano se va a acabar y entonces tratas de pasártelo lo mejor con él aún siendo consciente de que ese estado no va a durar. Entonces el escribir novela lo vivo de este modo. En cambio, el ensayo es otra cosa, y el artículo de prensa otra más, obviamente. Y la poesía para mí es esencialmente una forma de superar un estado crítico de mi personalidad. En el ensayo sí me expongo más, allí sí que sale ese aspecto que no me gusta llamar así, pero que es, efectivamente, autobiográfico. Allí sí cuento más verdades, si es que se pueden contar verdades.

El miedo a la no escritura por un lado y a la muerte de la literatura por otro es un tema crucial de tu producción. ¿De dónde vienen estas dos obsesiones?

No sé, supongo que de tanto leer. Yo he leído muchísimo, tengo una biblioteca impresionante. Pues, a ver, yo creo que cuando has leído muchos libros, es algo inevitable, que nos pasa a todos. Y los escritores que venden más hoy día no se puede decir que hagan precisamente, o siempre, buena literatura. Y luego otro factor es que la gente, sobre todo la gente joven, no lee. O sea, tiene otra forma de leer, igual se pasa todo el día leyendo, pero no lee libros. Entonces la muerte de la literatura es de alguna forma la muerte de la lectura, de la lectura impresa. Estoy contenta de tener todos los libros que tengo porque la cosa acabará con muy poca gente que tenga libros de verdad. Pero es un tema, éste, que ya no me interesa: me preocupó durante mucho tiempo pero ahora ya lo he superado. Será que he escrito tanto sobre este tema que ya me he cansado, y ahora me digo que, mientras esté viva, escribiré y punto. En cuanto al miedo a no escribir, sí que es algo que me preocupa más. Yo me considero una superviviente desde muy pequeña, y un aspecto bastante positivo de mi carácter es que ante las complejidades crezco, y así sobrevivo. Entonces esto supongo que lo he aplicado, lo he trabajado mucho en relación a la literatura. Por ejemplo, en esos momentos tremendos que separan una novela de otra, momentos en que estás seco, lo pasas fatal, crees que no lograrás escribir nunca más, etc. Entonces mi salida para esos momentos es escribir lo que me apetece, porque escribir lo que no me apetece es lo que considero necesario. A lo mejor no escribo novela, pero entonces escribo poemas, por ejemplo. No sé, hubo un momento en el que tuve una crisis muy importante, después de *Reina de América*, en el que realmente no se me ocurría nada más y empecé a traducir a Emily Dickinson, por ejemplo. Y a partir de allí, de ese trabajo, salió luego un libro de poemas que es el que voy a publicar ahora, dentro de un mes. O sea que en seis años, en los que no he publicado ni una novela – ahora sí saldrá también una novela, que además tiene mucho de autobiográfico, se titula *Deja que la vida llueva sobre mí* – me he fabricado unas herramientas para salir de esa crisis precisamente a través de la escritura. Así que he necesitado todo este tiempo para poder volver a la novela, si me lo hubieran dicho de antemano habría pensado que me moriría, y en cambio ahora estoy mejor que antes, porque de todas formas he estado haciendo muchas cosas.

Me interesa mucho la relación entre los géneros literarios y el género sexual de quien escribe. En este sentido, de la escritura de las mujeres se suele destacar una propensión a utilizar estructuras discontinuas, formatos breves y estilos que mezclan registros distintos y que evocan la oralidad. ¿Estás de acuerdo con esta generalización?

No, no estoy de acuerdo con esto. Creo que estos rasgos pueden caracterizar a obras escritas tanto por hombres como por mujeres. Lo que encuentro y me parece espantoso es que muchas mujeres traten de escribir como hombres, quizá porque creen, con todo su derecho, que así van a tener más éxito, no sé, habrá muchas razones más. A ver, yo lo que creo, y es algo que me duele mucho, es que, si las mujeres, desde luego, leen más novelas, más narrativa que los hombres, desgraciadamente las mujeres están leyendo más novelas escritas por hombres que por mujeres y ésta es una cosa de la que me pregunto muchas veces el por qué. Y me pregunto también si es verdad, es decir si es un hecho en sí, o si son los medios de comunicación que favorecen, que promocionan más a los escritores que a las escritoras. Y te hablo de una medianía, de escritores y escritoras: no hay excelentes escritores en España pero hay buenos escritores y escritoras, eso sí. Y eso no lo puedo soportar. Entonces me gustaría que las lectoras tuvieran sus criterios en vez de dejarse influir por lo que se hace en los medios de comunicación.

¿Cuál es tu actitud hacia la crítica literaria?

A ver, yo he sido bien tratada por la crítica, o sea que tampoco puedo quejarme, aunque no sé por qué, en realidad la considero una suerte, casi un azar. Personalmente no me quejo porque he tenido esta suerte, la suerte, digamos, de cuatro críticos literarios. Tampoco compito con lo grandes, más bien me tienen marginada, no estoy con las mujeres, no estoy con los hombres, estoy allá, en un

rincón con mi propia voz, lo cual también me gusta. Pero insisto que hay un sector de la crítica que es muy misógino. A ver, yo aquí me he pasado escribiendo quince años sin que saliera ni una reseña, hasta que salió *La intimidad* y allí sí empezaron a interesarse por mi trabajo, pero eso pasó porque *La intimidad* se llevó a América Latina y allí gustó, tanto que puedo afirmar que a mí me descubrió América Latina, no España.

Leer y escribir: una duda hamléctica propuesta por ti en Letra herida y que ha sido utilizada como pregunta final para todas las entrevistadas. Si tuvieras que renunciar a una de las dos cosas, ¿elegirías todavía la escritura?

Creo que ahora no diría lo mismo. Será porque estoy en un momento muy creativo, pero renunciaría a leer. Y además, ¿sabes por qué? Porque también podría escribir textos de otras personas, que sería otra forma de leer, ¿no? Es que yo no siento que lo que escribo es mío, me siento como una especie de intermediaria de la literatura, entonces vivo mucho a través de la literatura. En este sentido no sabes lo importante que ha sido para mí traducir a Emily Dickinson, porque traducir también es una forma de leer, y de escribir, a la vez. Es que yo me siento mujer-libro, me siento un poco así, he conseguido algo para mí muy especial, he conseguido verlo todo a través de este filtro, aunque no de forma consciente quizá. Todo es escribible, todo, todo lo que hago, todos mis proyectos, pueden terminar en un libro. O sea que ahora me quedaría con la escritura, sin lugar a dudas.

Barcelona, 15 de diciembre de 2007.